

## CAPITULO XIII.

### CARÁCTER GENERAL DE LAS LETRAS

#### BAJO EL REINADO DE ALFONSO V DE ARAGON.

---

Relaciones entre los Infantes de Aragon y el rey de Castilla.—Alfonso V de Aragon.—Su educacion literaria.—Su representacion respecto de los próceres castellanos.—Don Juan de Navarra.—Su carácter y educacion.—Sus aficiones literarias.—Efectos de aquellas relaciones en Aragon y Navarra.—Influencia literaria de Castilla en ambos reinos.—Don Alfonso en Nápoles.—Conquista de esta monarquía.—Triunfo de Alfonso.—Su significacion literaria.—Corte de don Alfonso en Nápoles.—Sábios que en ella congrega.—Estudios de don Alfonso;—sagrados;—filosóficos;—literarios.—Carácter de los últimos.—Academias y ejercicios en su cámara y en su biblioteca.—Su amor á los historiadores latinos.—Su proteccion á las investigaciones literarias de la antigüedad.—Adquisicion de MSS.—Regalos que en el particular recibe.—Obras de don Alfonso.—Influencia de este movimiento en los ingenios españoles que le siguen.—Varones célebres que en Nápoles florecen.—Fernando de Valencia.—Sus epístolas.—Sus versos latinos.—Sus oraciones.—Carácter de estas obras.—Los ingenios españoles de vuelta en España.—Luciano Colomer.—Juan de Llobet.—Jaime Pau y Juan Ramon Ferrer.—Noticia de sus obras.—Sus discípulos.—Jaime Ripoll,—Felipe Mealia,—y Gerónimo Pau.—Noticia de sus producciones: exámen de las poesías del último.—Miçer Pedro y Gonzalo de la Caballería.—Juan Fernandez de Híjar.—Noticia de sus escritos.—Resúmen y consideraciones generales sobre la influencia de los estudios clásicos en la poesía erudita.

Paralelos al reinado de don Juan II de Castilla, y enlazados con él en varios conceptos, ofrécenos la historia los de Alfonso V de Aragon, príncipe esforzado, cuyas armas victoriosas debían en-

sanchar el dominio español, y don Juan II de Navarra, llamado á sucederle en el trono de los Jaimes. Nacidos ó criados en Castilla, y tenidos, aún despues de ser reyes, cual principales magnates de este reino, mézclanse con excesiva frecuencia en los disturbios civiles, que afrentan el nombre castellano, y conservan durante su vida íntimas relaciones con aquellos próceres que miran su enemigo natural en don Álvaro de Luna, y ven logrado su triunfo, al rodar en el cadalso de Valladolid la ilustre cabeza del temido ministro. — Era por demás activa la influencia política de don Alfonso en los dominios de don Juan II: sus ejércitos atraviesan una y otra vez las fronteras «con pendones tendidos», poniendo espanto en la corte y vejando á los naturales; y ora contrario á sus hermanos don Juan, el ya citado rey de Navarra, y don Enrique, maestre de Santiago; que aspiraban también á señorear el ánimo del apocado monarca; ora asociado á ellos, para combatir el omnimodo poderío de don Álvaro, logra en no pocos momentos ser árbitro de los destinos de Castilla, no sin verdadero escándalo del historiador, que apenas acierta á distinguir en la ambiciosa inquietud del prócer Infante la majestad augusta del soberano.

Pero de esta lucha tenaz y vergonzosa, en que tan poco lauro recogian los reyes de Aragon y de Navarra, nacia no escaso fruto en el campo de la inteligencia, estrechados con el comercio de aragoneses, navarros y castellanos los antiguos vínculos de nacionalidad, que hacia más familiares el uso de una misma lengua, y habian cobrado fuerza extraordinaria entre Aragon y Castilla desde el famoso compromiso de Caspe. Educado el rey don Alfonso en la corte de Enrique III y de la gobernadora doña Catalina; amante, cual su padre, de las letras y de las ciencias, habíase dedicado al cultivo de la filosofía, no siendo para él peregrinas las demás artes liberales, que alcanzaban á la sazón su bido precio entre los doctos <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Cumplido es el elogio que el marqués de Santillana hacia del rey don Alfonso en su famosa *Comedieta de Ponça*, escrita en 1435, trás la batalla que lleva aquel nombre. Despues de llamarle «rey caballero y lucero

Estímulo grande tenia en el ejemplo de su primo, el rey don Juan, cuya enseñanza habia sido confiada á los más distinguidos varones en ciencia y virtud, y no le agujoneaba ménos la doctrina de don Enrique de Villena, su tio, quien reproduciendo las nobles protestas de don Juan, hijo del Infante don Manuel, habia proclamado repetidamente que el cultivo de ciencias y letras era nobleza de los más nobles. «Non podria alguno con verdat dezir (escribia al propósito tan ilustre magnate) que á las grandes personas tales ocupaciones

de la guerra y de la milicia», manifestando que era «adversario de toda codicia y morada de las virtudes», dice (*Obras*, pág. 107):

Este desdel tiempo de su puèricia  
amó las virtudes é amaron á él;  
venció la pereça con está cobdiçia,  
é vió los preceptos del Dios Hemanuel.  
Sintió las visiones de Esechiel  
con toda la ley de sacra dottrina:  
¿pues quién supo tanto de lengua latina?  
ca dubdo si Maro se eguala con él.  
Las sillabas cuenta é guarda el acento  
producto é correpto; pues en geometría  
Euclides non ovo tan grand sentimiento,  
nin fiço Athalante en astrología.  
Oyó los secretos de filosofía,  
é los fuertes passos de naturaleza:  
obtuvo el intento de la su pureça,  
é profundamente vió la poesia, etc., etc.

De estas palabras, cuyo recto sentido no admite duda, se desprende el error de los que por exagerar el efecto producido en el ánimo del rey don Alfonso por el espectáculo de Italia, que en breve describiremos, han asentado, ya que aprendió allí á los cincuenta años la gramática, ya que sólo alcanzó su conocimiento á los sesenta. Pero habiendo nacido don Alfonso en 1394, contaba en 1435 solamente cuarenta y un años, y no pudiendo dudarse de las palabras del Marqués, que tan de cerca le conoció y trató, es evidente la inexactitud de los que han sentado uno y otro aserto. Don Inigo dice que hizo el rey todos estos estudios *desdel tiempo de su puericia*; y hablando de cosa generalmente conocida, con anterioridad á la fecha de los cincuenta ó los sesenta años, ó hay que concederle virtud de adivino, ó que convenir en que don Alfonso habia estudiado lengua latina, filosofía, geometría, astronomía, física y sagradas letras (bílicas), durante su juventud: que es lo racional y lo verdadero. En 1437 repetia el Marqués el elogio de don Alfonso en el prólogo de sus *Proverbios*.

»científicas non convengan nin á su magnificencia se requie-  
 »ran; ca por cierto mucho mejor á los en dignidad puestos et  
 »por linaje sublimados esto conviene, et dellos por doctrina lo  
 »deuen los menores auer, et con esto les pueden más aprove-  
 »char. Quanto más que en aquesta vida bienaventurança non  
 »se puede alcanzar, syn aver complimento de los saberes, é no-  
 »ticia de las causas, et discurso de las artes é prácticas... Et dé-  
 »nos Dios (añadía) tanto de los saberes abondoso cognosci-  
 »miento en esta breve et umbrática vida, et déxenos façer assy  
 »obras á él plaçibles»<sup>1</sup>.

Frescos estaban aún los laureles concedidos en Barcelona y Zaragoza por don Enrique de Aragon y don Fernando, el Honesto, á los mantenedores de la *gaya doctrina*, y resonaba aún el aplauso alcanzado por el de Villena y los vates de Castilla que asisten á la triunfal coronacion del infante de Antequera, cuando fué llamado á ocupar el trono de los Pedros y de los Jaimes el afortunado príncipe, cuya educacion se realizaba bajo tan excelentes auspicios [1416]. De extremado cultivador de la poesia lograba renombre; tenianle por extrenuo orador los apasionados de la elocuencia; y pagados de su esplendidez y largueza, rodeábanle, no sin legítimas esperanzas, los que fiaban su porvenir en el estudio de ciencias y letras, no ajenados por cierto de su corte aquellos magnates, para quienes era apacible ejercicio la especulacion de las disciplinas liberales. El amor que los próceres de Castilla le profesaban y su natural magnificencia, habian llevado trás don Fernando de Antequera numerosa pléyada de ingenios, entre quienes resplandecian el viejo Villasandino, el noble Ferran Manuel de Lando y el futuro marqués de Santillana<sup>2</sup>: el odio de las discordias civiles, que parecia tomar por blanco de las iras comunes á don Álvaro de Luna; la esperanza de fácil engrandecimiento, alentada por el diario ejemplo de repentinas

<sup>1</sup> Don Enrique de Aragon inculca esta doctrina en diferentes pasajes de sus obras ya examinadas. Las palabras trascritas pertenecen á su muy peregrino *Libro del Aojamiento ó fascinacion*, cap. final (Bibl. Nac., códice citado).

<sup>2</sup> Véase el cap. VIII del presente volúmen.

medras, y lo que era peor, el punible olvido de los deberes del vasallaje, traian ahora á la corte de don Alfonso crecida cohorte de mal contentos, entre quienes no solamente se contaban magnates y caballeros, renombrados ya entre los trovadores de Castilla, sino escuderos y doctores, ciudadanos y pecheros, que maltratados de los parciales del Condestable, ó llamados del cebo de más segura ganancia, se acogian al bando de los Infantes de Aragon, ó pasaban al reino de Navarra, donde por iguales razones hallaban benévola acogida, fiando su porvenir al cultivo de las letras.

No queria por cierto el rey don Juan, asentado en el trono de Carlos el Noble, por el matrimonio con doña Blanca, hija y heredera de aquel soberano [1425], ser vencido de don Alfonso, en orden á la proteccion, que daba á los forajidos de Castilla. Rival suyo en más de una ocasion, cebábase tanto en los disturbios que aquejaban á don Juan, su primo, que olvidaba con frecuencia la gobernacion de la monarquia recibida con la mano de doña Blanca; y al verse forzado á salir de los dominios castellanos, arrastraba en pos, como su hermano don Alfonso, lo más granado de sus parciales, dándoles oficio en su casa y honrándolos por extremo en su corte. Esmerada, cual la de don Alfonso, habia sido su educacion intelectual; y si bien se mostró desde su juventud más dado á las armas que á las letras<sup>1</sup>, no por ello dejaba de deleitarse con la lectura de las obras más aplaudidas de los eruditos, entre las cuales tenia el primer lugar la *Divina Commedia*, interponiendo al par su mediacion para que fuesen conocidos en el materno romance los más renombrados poetas clásicos. Á su ruego traia en efecto al castellano, su tío, don Enrique de Aragon, ya en los últimos años de

<sup>1</sup> El citado marqués de Santillana hace tambien en su *Comedieta de Ponça* notable elogio del rey don Juan de Navarra. Despues de compararle con Esceva, Domicio y Fabricio, añade (cop. XXXII):

Archiles armado non fué tan ligero,  
 nin fiso Alexandre tal cavalgador:  
 jamás es fallado sinon verdadero,  
 egual, amoroso, cauto é sofridor, etc.

en ella no pequeño aplauso, al comenzar el segundo tercio de la referida centuria, ambicionando los mismos reyes el lauro de los poetas <sup>1</sup>. Pero allí, donde alcanzaron señalada predilección los cantos de los trovadores provenzales; allí, donde pareció compartir su lengua el imperio de las montañas con el nativo idioma de los vascos <sup>2</sup>, cediendo al cabo á los descendientes de Carlos de Anjou <sup>3</sup>, existían ricas y dilatadas comarcas, en que era lengua familiar el habla castellana, no siendo por tanto maravilla que

<sup>1</sup> Dicha influencia se insinúa en efecto desde que el famoso conde Teobaldo de Champagne hereda en 1224 el trono de Navarra; pues aunque procuró sostener su independencia, como tal rey, y aún hizo guerra á Francia durante la minoridad de San Luis, aficionado, como era, al culto de las musas, hasta llegar á merecer el título de *le Faiseur de Chansons*, natural era que se reflejase esta afición, que dá á su nombre lugar señalado en la *Historia de la Literatura francesa*, en sus próceres y magnates navarros, en cuya capital fallece en 1253.—Y no hacemos mención de María de Francia, á quien suele designarse con título de *Reina de Navarra* (Sismonde de Sismondi, t. I, pág. 318, de la ed. de París), aún después de los trabajos de La Rue y Roquefort (*L'Archeologia*, t. XIII, pág. 36;—*Poesies de Marie de France*, t. I), porque sobre no constar en la cronología de aquel reino durante todo el siglo XIII, sólo se sabe de ella lo que expresa el siguiente verso suyo:

Marie ay num, si suis de France.

María de Francia, según Fauchet, Pasquier, Massieu, Le Grand d'Aussy y Roquefort, florece en tiempo de los dos Teobaldos; pero se distingue entre los poetas anglo-normandos.

<sup>2</sup> Debe sin embargo tenerse en cuenta que el uso de la lengua lemosina no puede considerarse en las regiones de Navarra cual popular, como no lo fué tampoco en las demás comarcas, en que se cultiva la poesía de los trovadores. Hay poetas navarros, tales como Guillermo de Tudela, autor de la *Canzó de los albigenses*, que emplean en el siglo XIII la lengua provenzal, ya destinada á perder la importancia que logra en los anteriores, como lengua artístico-literaria; pero prescindiendo de las causas especiales y aún de los personales motivos, que impulsaron á Guillermo de Tudela, cuya nacionalidad disputa el docto Fauriel (*Hist. de la poes. prov.*, tomo III, pág. 151), á escribir la *Canzó* referida en el idioma tolosano, no puede autorizar su ejemplo, ni el de otros, á sostener como tesis el que fué aquel popular en Navarra.

<sup>3</sup> Véase lo dicho tocante á este punto en el cap. IX del t. III.

tuviesen repetidos ecos en la fértil y pintoresca ribera del Ebro los cantos que resonaban orillas del Tajo <sup>1</sup>. Tal sucede en efecto, al subir al trono de Carlos, el Noble, el hijo de don Fernando, el Honesto: con los magnates, con los doctores, escuderos y hombres de armas que seguían sus banderas, teniendo á honra el cultivo de la poesía y el estudio de las artes liberales, penetra en el suelo de Navarra la influencia literaria de Castilla, que llamando á sus moradores á una vida intelectual, comun con el resto de la Península, era legitimada por los nobles esfuerzos de los que, recordando el ejemplo del obispo don García de Euguí <sup>2</sup>, auguraban ya la futura creación de una sola nacionalidad literaria, y con ella el engrandecimiento de las letras españolas.

Pero si dentro de las monarquías aragonesa y navarra era debida al singular conjunto de circunstancias que en don Alfonso y don Juan se congregan, como súbditos y soberanos, la extraordinaria extensión que recibe en el primer tercio del siglo XV la influencia literaria de Castilla; si limadas ó desvanecidas un tanto antiguas preocupaciones de localidad, parecen cooperar de consuno, bien que llevados por distintos senderos, todos los moradores de la Península á dar unidad al movimiento intelectual

<sup>1</sup> El romance, á que damos por excelencia título de castellano, se desarrolló en efecto, aunque con notables matices, en toda la extensión de las riberas que fertiliza el Ebro, cundiendo no sólo á las tierras llanas, sino también á alguna parte de las montañas. Pruébanlo con toda claridad numerosos documentos diplomáticos, relativos á las transacciones más comunes de la vida, así como ventas, compras, etc.; y ya al tratar este punto especialmente (t. II, Ilustración II.ª), insertamos algunas *cartas* de este género: en orden á fueros, cartas-pueblas, avenencias, privilegios, etc., puede verse el curioso *Diccionario de las antigüedades de Navarra*, de señor Yanguas, archivero de la *Cámara de Comptos*, donde abundan los testimonios de haber sido el romance castellano, no sólo la lengua popular de las más ricas regiones de aquel reino, sino también la oficial. Sólo teniendo presentes estas consideraciones, es posible comprender la influencia que en la época de que tratamos ejerce allí la literatura castellana.

<sup>2</sup> Pueden ver los lectores el estudio que hicimos de este escritor, capítulo V del anterior volumen.

que en ella se operaba; si llamados los más doctos varones de España á tomar parte en los Concilios de Constanza y Basilea, habian segundado los nobilísimos esfuerzos del egrégio don Gil de Albornoz, fundador del famoso colegio de Bolonia, trayendo al suelo patrio el ardoroso anhelo de poseer, gozar é imitar las obras de la antigüedad clásica,—jamás hubieran producido todas estas felices circunstancias y estos loables esfuerzos el colmado fruto que debia en breve recogerse, sin uno de aquellos acontecimientos que forman época en la historia de las naciones. La Providencia, que habia coronado en Caspe las nobles sienes del íntegro príncipe, que rechaza en Toledo la diadema de Castilla, llamaba ocho años despues [1420] á su primogénito al reino de Nápoles, donde oprimida bajo las censuras de Martino V, y pronto á caer de sus manos el cetro de sus predecesores, imploraba Juana II su proteccion, dándole en cambio título y derechos de hijo. Y ¡cosa digna en verdad de notarse!.. aquel rey que, arrastrado por mezquinas ambiciones, deslustra en las discordias civiles de Castilla, la corona que resplandece en sus sienes, desde el instante mismo en que acepta el reto de Luis de Anjou, (reto que hace á Italia teatro y campo de batalla, en que la política y las armas francesas y españolas iban á disputar el imperio de Europa), comienza á ser verdaderamente grande<sup>1</sup>, ciñendo al par el lauro del repúblico y del guerrero, y eclipsando la gloria de sus mayores, cual generoso protector y cultivador insigne de las ciencias y de las letras.

No brillaron en efecto, durante aquella difícil y prolongada

<sup>1</sup> La expedicion á Nápoles forma en efecto época en la vida de don Alfonso, dando pábulos á la grande actividad suya y de sus naturales, que extravían por desdicha las discordias civiles. Sin embargo, justo es reconocer y dejar sentado que no renunció el rey de Aragon, aún despues de llamado á la empresa de Italia, sus derechos señoriales de Castilla, lo cual fué causa de ulteriores escándalos, entre los que registra la historia el *seguro de Tordesillas* y la *batalla de Olmedo*. De aquí resultó que aún atraída por las novedades de Nápoles la atencion de aragoneses y catalanes, prosiguió siendo activo su comercio y trato con los castellanos, cuyos próceres pasan con sus caballeros y paniaguados una y otra vez la frontera, engrosando considerablemente las huestes de los Infantes-reyes.

lucha, con más vivo resplandor las victoriosas armas aragonesas que las raras virtudes que desplegó en ella don Alfonso. Inconstante y tornadiza, como débil y apocada habia sido tras sus crímenes y liviandades, cedia Juana de Nápoles á los interesados consejos de Juan Caracciolo, gobernador del reino; y huyendo en secreto de Gaeta, á donde habia pasado con el rey aragonés, ya vencedor de sus enemigos, restituíase á la antigua Parténope, llamando en su apoyo contra el hijo adoptivo al mismo duque de Anjou, cuyo nombre le habia infundido siempre aversion profunda. Trastornaba esta no esperada defeccion de la reina todos los proyectos de Alfonso; pero ni se mostró desconcertado, al verse una y otra vez desdeñado de doña Juana, ni tuvo por anulada la prohibicion de Nápoles, al saber que se habia repetido en Aversa la misma ceremonia respecto de su rival, si bien comprendió desde aquel momento que sólo debia fiar al valor de sus soldados la posesion del reino, cuya corona esperó ceñir pacíficamente.—Las calles de Nápoles dieron en breve testimonio al duque de Anjou y á su mal aconsejada protectora de que no era ya fácil empresa la de arrojar de la peninsula italiana las barras de Aragon, trabada al cabo la gran contienda, que tan alta significacion é importancia iba á tener en los destinos de Europa.

Dudosa y varia fué no obstante la fortuna: vencedor en Marsella, donde resplandecen á un tiempo su piedad y su valor, vé á poco Alfonso desalojadas sus huestes de la ciudad de Nápoles por la deslealtad de Jacobo Cadola, á quien tenia confiado su gobierno, y reducido el dominio de los españoles al recinto de Castilnuovo, fortaleza que defiende y sostiene con animoso corazon el Infante don Pedro. Empeñado de nuevo en la guerra, muerta ya la reina doña Juana [1435], apodérase de Cápua y pone cerco á Gaeta, mientras declaradas á favor de Renato de Anjou, que habia heredado los derechos y pretensiones de Luis, las Señorías de Génova, Venecia y Florencia, y rebeladas contra las armas españolas la ciudad de Aversa y las regiones litorales de Melví, caía en poder de los confederados, en las famosas aguas de Ponza, con todos sus hermanos; desastre que llena de conturbacion á la monarquía aragonesa, inspirando dolorosos la-

mentos á la erudita musa de Castilla <sup>1</sup>. Alfonso podia no obstante exclamar en breve con justicia: «Jamás navegué con tanta felicidad como al naufragar en los mares de Ischia <sup>2</sup>». Avasallando la voluntad de Philipo María Visconti, duque de Milan, cuyo prisionero se confesaba; ganando con generosa hidalguía á los moradores de Gaeta, que le reciben como soberano; llevando á todas partes la fama de su benignidad y de su esfuerzo, no sólo logra saldar, con espanto de sus enemigos, aquella terrible quiebra, sino que inaugura al declinar el siguiente año de 1436, la gloriosa série de victorias, que poniendo en sus sienes el laurel del guerrero, subliman su prudencia y su perseverancia, llevándole en 1442 al trono de Nápoles, cuya posesion no osan ya contradecirle los príncipes y Señorías de Italia, ni disputarle sus rivales.

En 26 de febrero de 1443 entraba triunfante el rey de Aragon en la corte del nuevo reino, eclipsando con la pompa y majestad de aquella ovacion la memoria de los Césares romanos. Pero aquel magnífico triunfo, que immortalizan al par las letras y las artes <sup>3</sup>, más que á satisfacer el noble orgullo del guerrero, parecia destinado á lisonjear las ilustradas aficiones del príncipe español, revelando el carácter especial de su glorioso reinado. Trás

<sup>1</sup> La *Comedieta de Ponza*, del Marqués de Santillana, ya examinada.

<sup>2</sup> Jacobo Spigelio, comentando el tratado de Antonio Panormita *De dictis et factis Alphonsi regis Aragonum*, dice en los escolios del libro III, aludiendo á la desgracia de Ponza: «Alphonsus... non multo post, versa fortuna, jure dicere potuit: «Nunc benè navigavi, quum naufragium feci» (Edicion de Basilea, 1538, pág. 100).

<sup>3</sup> Describiólo Antonio Panormita, como complemento á los *Dichos y hechos* del rey don Alfonso (ed. cit., pág. 219): engrandeciolo la arquitectura, levantando magnífico arco, que estudian hoy los arqueólogos, para apreciar el desarrollo que bajo el reinado del vencedor de Lassano tiene el arte de Brunelleschi en la antigua Parténope. Dos siglos despues lo celebraba el aplaudido príncipe de Esquilache en su *Nápoles recuperada* (Zaragoza, 1615), poema heróico que mereció extremados elogios de sus coetáneos. En su lugar veremos cómo los poetas de Aragon y Cataluña cantaron en el XV esta gran victoria.

escogida cohorte de garzones, que vistosamente ataviados representaban, con gran aplauso de las gentes, los afamados juegos florentinos, veíase en suntuoso carro y simbolizada en varonil doncella, la *Fortuna*; y llevadas en no ménos gentil carroza, tirada por seis generosos caballos ricamente enjaezados, aparecian despues las *Virtudes*, ostentando cada cual el signo que la personificaba <sup>1</sup>. Brillaba sobre todas la *Justicia*, que asentada en sólio de púrpura, mostraba en la diestra la espada desnuda, y en la siniestra la balanza, pareciendo descender sobre su cabeza tres ángeles, que le tributaban otras tantas coronas, y siguiendo su imperio inmensa turba de ginetes en hábito y forma de diversas naciones, príncipes y magnates. Armado, ceñidas las augustas sienes de laurel, cubiertos los hombros del manto imperial, el cetro en la mano derecha y en la izquierda brillante esfera de oro, alzábase despues el nuevo César en magnífica tribuna, levantada sobre altísimo carro, viéndose á sus plantas postrado el *Mundo*, que incorporándose en determinados momentos, le invitaba á perseverar en el culto de las *Virtudes*, prometiéndole rogar á Dios que le conservára en el colmo de la prosperidad, respetada la libertad de Florencia <sup>2</sup>.

Sesenta jóvenes de esta famosa ciudad, vestidos de púrpura y

<sup>1</sup> Tomamos esta descripción, así como la mayor parte de las noticias y datos relativos á la corte napolitana del rey don Alfonso, del ya citado libro del Panormita y de sus preciosos *Comentarios* de Eneas Silvio (Pío II). Uno y otro tratado fueron traídos á lengua castellana en el siglo XVI (Biblioteca Nacional, R. 29, f. 152;—Bibl. de la Acad. de la Hist. fond. de Jesuitas, núm. 86). Ambos MSS., que son diferentes, carecen de nombre de autor. No así otra version también castellana que se custodia en la Biblioteca Escorialense, cód. E iij 4, la cual fué debida á Fortun ó Fortuño de Ercilla, padre de don Alonso, el de la *Araucana*: dejola al emperador don Carlos. También hemos examinado en el Archivo de la Corona de Aragon una traducción catalana, que nos parece anterior á las referidas.

<sup>2</sup> En el original dice que esta suerte de arenga estaba formulada *rhythmis maternis*. Suponiendo que la representación referida es de una obra italiana, dicen los traductores: «en versos vulgares italianos», etc.—Si la voz *maternis* pudiera aludir al rey, habria que tenerse por seguro que eran los versos castellanos. La primera hipótesis nos parece más segura, aunque no sería improbable la segunda.